LA MISION FRANCISCANA DE OROSI JOYA HISTORICA DE COSTA RICA





por
Ernesto
La Orden

Miracle

EN el principio fueron las Misiones... Claro es que las precedieron los Descubrimientos, aquellas fabulosas singladuras sobre el Mar Tenebroso que debían llevar a los nautas intrépidos a despeñarse en el cosmos, pero los condujeron afortunadamente a circunvalar la tierra y a navegar cinco mil kilómetros por el río de las Amazonas. Sabemos lo que suponen las Conquistas, las luchas de quinientos hombres contra quinientos mil, tanto en Méjico como en el Perú; el cruce de Panamá, la epopeya del Arauco, las hazañas del Dorado y la Florida y tantas otras empresas mitológicas. Valoramos el esfuerzo de la Colonización, la tarea de los campesinos y los artesanos de Castilla que desangraron su propia tierra para crear las nuevas Españas de ultramar. Mas por encima de todo eso —aunque apoyado en todo eso, naturalmente—, está la evangelización del Nuevo Mundo, una empresa sin paralelo en la historia de la Iglesia hasta nuestros días. Esta es la verdad histórica, sin la que no puede explicarse nada en la otra orilla del Atlántico. Por encima de las carabelas, de las espadas y los arados estuvo siempre la Cruz.

¿En qué otro lugar de la tierra pudo decirse, como en Méjico, que habían reaparecido «los Doce Apóstoles» en las figuras de doce humildes frailecicos franciscanos? Llegaron a pie desde el puerto de Veracruz, pobres y andrajosos; pero Hernán Cortés se bajó del caballo para besarles los pies, en presencia de los aztecas recién vencidos. Ellos y los dominicos y los mercedarios, seguidos de los agustinos y los jesuitas, los carmelitas y otros miles de misioneros —enviados por la Corona de España en virtud del Real Patronato—, fueron los verdaderos creadores de América. En el Capitolio de Washington, entre las estatuas de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, figura la del franciscano mallorquín fray Junípero Serra, creador de California en los últimos años del siglo XVIII. Quienes visitan hoy las ciudades de San Francisco de Los Angeles, de San Diego, de San Luis Obispo, de Sacramento y de Santa Bárbara —así, con sus nombres religiosos en español—, saben que en el corazón de cada una de ellas hay una iglesita de adobe y tejas y unas campanas que llegaron de España. Son las Misiones de California, engarzadas a lo largo del Pacífico por el hilo de tierra apisonada del Camino Real.

En toda América fue así. Cuando contemplamos las grandes catedrales de piedra, desde la primada de Santo Domingo hasta las de Méjico y Perú, de Guatemala o La Argentina, debemos pensar en que antes de ellas se alzaron allí mismo las Misiones, las chozas coronadas por una cruz de dos palos retorcidos. Y no olvidarnos de que existieron otras Misiones menos afortunadas, tragadas por la selva o por los indios acérrimos, o por los mismos errores de la política española, como las Misiones jesuíticas de Maynas y del Paraguay. O como aquí mismo, en Costa Rica, en las heroicas misiones fracasadas en la Talamanca.

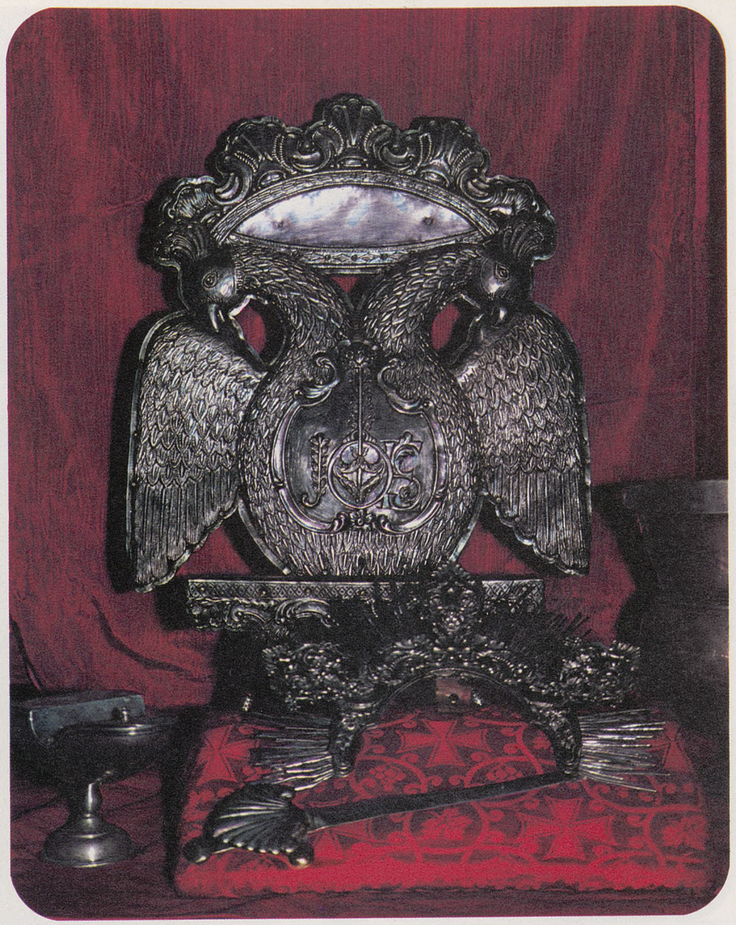
LAS MISIONES DE TALAMANCA

¿Por qué se llama Talamanca una vasta región de Costa Rica, que hoy pertenece en parte a Panamá? Talamanca no es un nombre indígena de América, sino de España, y corresponde a una aldea de la provincia de Madrid. Ese pueblecillo que tiene un puente romano, una iglesia románica y una ermita mudéjar, presume de haber sido la legendaria Mantua Carpetanorum, capital de los indígenas carpetanos cuando la conquista romana de España. Allí nació un muchacho llamado Diego de Sojo y Peñaranda, sobrino del gobernador de Costa Rica don Diego de Artieda y Chirino, que a la edad de nueve años cruzó el charco para convertirse en un valeroso capitán y fundar en 1605, cerca del Atlántico, sobre la orilla del río Sixaola, una ciudad llamada Santiago de Talamanca, en recuerdo de su pueblo natal. Cinco años después aquella ciudad fue abandonada y no quedan de ella ni vestigios. Permaneció su nombre solamente, aplicado a una región montañosa y selvática de seis mil kilómetros cuadrados, lindante con el ducado de Veragua, de la familia de Cristóbal Colón, en la que los soldados españoles no consideraron prudente ni necesario establecerse. Los misioneros franciscanos sí. Trataron por todos los medios de evangelizar a los bravísimos indios cabécares y otras tribus. El célebre fray Antonio Margil, valenciano, apóstol de Centroamérica y de Méjico, llegó a fundar quince misiones a finales del siglo XVII. Todas desaparecieron, con el martirio de algunos frailes, en la insurrección general del año 1709. Talamanca se había convertido en un nombre fatídico, aunque sirvió para concederle el título de marqués a don Rodrigo de Arias y Maldonado, natural de Marbella, en Andalucía, que a la edad de veintiún años sucedió a su padre en la gobernación de Costa Rica, tuvo alguna victoria fugaz en Talamanca y acabó desengañado del mundo en Guatemala,

LA MISION FRANCISCANA DE OROSI







Junto a una vista general de la iglesia de Orosi, aparece un atril de plata, y debajo de éste, una perspectiva del claustrillo del convento de Orosi.

como hermano y sucesor del Venerable Pedro Betancur, ese humilde campesino canario que un párroco de Guatemala acaba de canonizar por su cuenta y riesgo, sin esperar al veredicto de Roma.

LOS ORIGENES DE OROSI

Desaparecieron la misión de Urinama, donde fue decapitado fray Pablo de Rebullida; y las de Chirripó, Cabécar y tantas más, pero en cambio renació la de Orosi. Orosi u Orosí era el nombre de un cacique de los indios del valle alto del río Reventazón, de los que prestaron obediencia gustosamente en 1562 al magnánimo capitán Francisco Vázquez de Coronado, auténtico fundador de Costa Rica. Despoblado más tarde y arruinada su iglesia primitiva, Orosi renació a mediados del siglo XVIII, al trasladarse a él los indios cristianos de Talamanca —concretamente los de Jesús del Monte y San José de Pejibay—, huidos de sus hermanos cabécares, aún paganos. El hermosísimo valle de Orosi, regado por muchos ríos y varias fuentes termales al pie de las montañas de Tapantí, que hoy son el santuario del Instituto Costarricense de Electricidad, está a escasa distancia de Cartago, la capital española de aquella época. Allí no había peligro de invasiones, salvo las de los ingleses que, acompañados por indios mosquitos, llegaron en 1666 hasta Turrialba, subiendo por el río Reventazón, pero fueron rechazados milagrosamente, según creencia popular, por la intercesión de la Virgen de Ujarrás, que por eso fue llamada del Rescate.

Ujarrás se convirtió entonces en un núcleo importante, poblado también por cabécares cristianos, y su imagen de la Inmaculada fue llamada «la Chapetona», es decir, la Española, porque según parece fue llevada desde España. La devoción popular construyó para ella una buena iglesia de piedra y la cubrió de joyas. Un obispo le ofreció a la Virgen un trono con veintidós espejos, que eran entonces un lujo extraordinario. Hoy se han cambiado las tornas, y Orosi es mucho más grande que Ujarrás, cuyos habitantes se trasladaron en 1832, por causa del paludismo, a un pueblo nuevo llamado Paraíso, en las altas colinas que dominan el valle. En su flamante iglesia está ahora la Chapetona, con mantos bordados de oro y con el bastón de mando que la regaló un gobernador, pero el santuario de Ujarrás, allá en lo hondo, es una ruina que apenas se tiene en pie, un fantasma romántico que no debe desaparecer...

EL ARQUETIPO DE UNA MISION

Gracias a Dios, en cambio, la iglesia de Orosi se conserva en planta, humilde, pero perfecta, como si fuera el arquetipo de una misión franciscana del siglo XVIII, puesto que fue construida entre 1753 y 1766. Colgadas de una linda torre que parece de miniatura, sobre el mínimo buque de un tejado a dos aguas, hay dos campanas dieciochescas que ostentan estas leyendas: «Soy de San José de Orosi» y «Por Jesús, María y José — siempre sonaré.» El interior de la iglesia no puede ser más sencillo ni más bello. Ocho pilares u horcones de madera de guachipilín sostienen un modesto artesonado. Hay un retablo mayor y dos laterales, una capilla de las Animas y otra del Bautismo, algunas buenas imágenes, catorce cuadros del Vía Crucis, una lámpara y unos candelabros de plata, y poco más, pero se respira un aire de franciscana cristiandad. Cuando fray Dimas Mateo, paisano mío de Murcia, con su hábito de estameña, su capucha y su cordón, entra en la iglesia para oficiar la Eucaristía ante el pueblo dirigido por una monjita mestiza, nuestro reloj marca la hora de dos siglos, o de más siglos, atrás y nos parece estar asistiendo al nacimiento de Costa Rica.

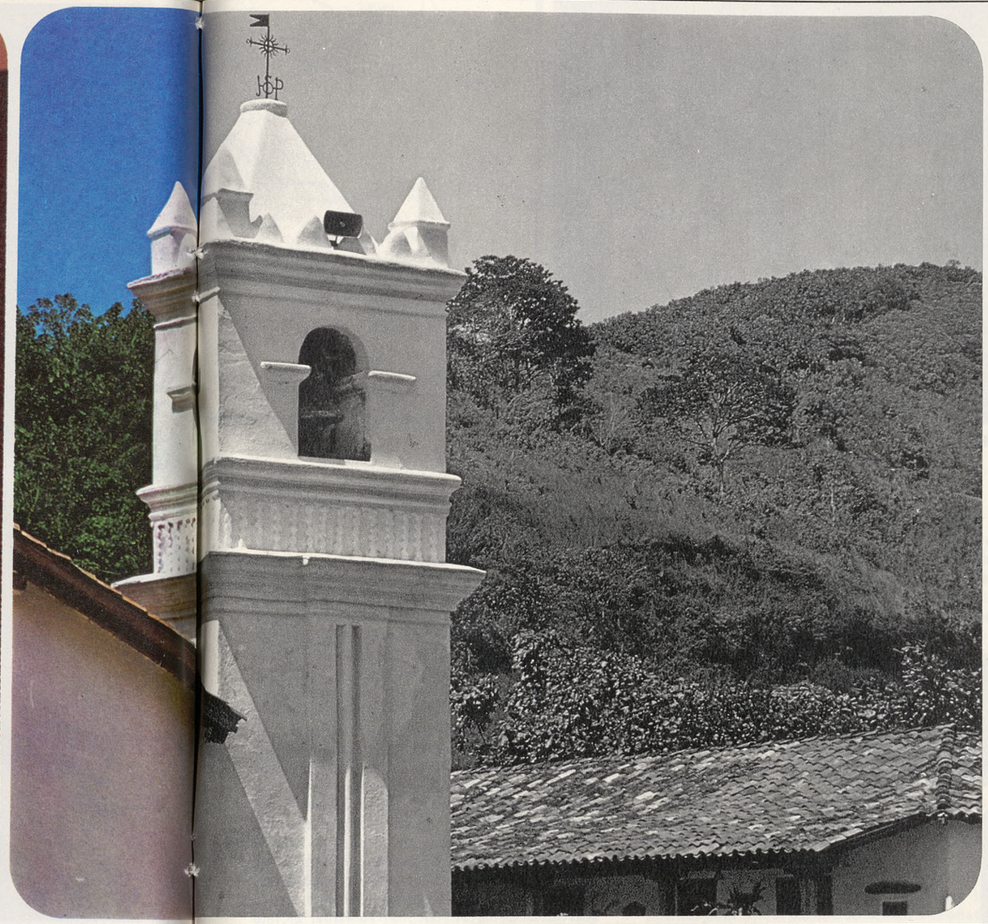
Demos algunos detalles de esa auténtica joya histórica y artística que es la iglesia franciscana de Orosi, puesta bajo la advocación de San José, con una imagen barroca que llaman «San José Cabécar», sin duda porque procede de la desaparecida misión que llevaba el nombre del esposo de María en el territorio de los indómitos cabécares. Nuestra documentación es toda de *visu*, fruto de prolongadas y enamoradas visitas, pero se funda en el excelente libro del académico costarricense Eladio Prado, titulado *La Orden Franciscana en Costa Rica* (Cartago, 1925), el cual utiliza a su vez un cuidadoso inventario realizado en 1785 por fray Antonio Jáuregui y fray Miguel Uzquiza, dos vascos sin duda alguna. Gracias a ese inventario podemos conocer exactamente la situación de Orosi en el momento de su mayor esplendor y compararla con la de hoy.

INVENTARIO DE UNA MISION POBRE

Es emocionante leer este inventario de la iglesia, el convento y el pueblo de Orosi, todos







LA MISION FRANCISCANA DE OROSI *



Arriba, a la izquierda, imagen de San Blas, patrono de Nicoya, con mitra de plata; a la derecha, la torre de Orosi, recientemente restaurada; y debajo, en esta página, el Nazareno, en la capilla de Animas.

ellos humildes y pobrecillos, como corresponde a los hijos del «poverello» de Asís, pero adornados con algunas joyas que aún subsisten, después de muchos años de abandono y de expolio durante el siglo pasado.

Allí está la iglesita, de 44 varas de largo y 16 de ancho; su portada de cal y ladrillo; su torre enana de 15 varas de alto; su capilla de Animas, de ocho varas en cuadro y su baptisterio, todavía menor. El retablo mayor de dos cuerpos bien dorados; los retablos que antes cité; la buena mesa y el armario tallados en la sacristía; las imágenes de San José, San Francisco, San Antonio y el Nazareno; las gradillas doradas con angelotes; el sagrario con piedras de colores; la lámpara de plata que pesa 25 marcos; el portapaz de plata que pesa un marco; los candeleros de plata, que he comprobado llevan el punzón de la Antigua Guatemala, es decir, la corona de España y Santiago a caballo, volando sobre dos volcanes; los catorce cuadros de una vara de altos, con marcos de talla dorados, del Vía Crucis, etc. En el museo adjunto encontramos la imagen de Santa Rita y la de Nuestra Señora del Tránsito, dormida; el segundo San José, solamente de vestir; los restos de un Nacimiento de talla que debió ser encantador, con las figuras de la mula y el buey curiosamente arrodillados; una rueda de campanillas para el Sábado de Gloria... Faltan el lienzo de la Virgen del Refugio, que está en el palacio arzobispal de San José; el baldaquín del Santísimo y muchos utensilios, cuadritos y ornamentos; pero subsisten un buen cuadro de la Virgen de Guadalupe, otro de la Inmaculada y un tercero de la Madre Dolorosa con su Hijo, que es para mi gusto lo mejor de Orosi. Todo ello mal conservado, a veces roto, pero susceptible de una buena restauración.

En el convento había dos claustrillos o galerías, la sacristía y seis celditas, una de las cuales ahora está amueblada como si fuera la alcoba del venerable fray Margil; un pobre mobiliario cuidadosamente descrito; dos bancos de carpintero; una rueda de afilar; dos telares para los indios; una casita de las muchachas y otra para las viudas; bastantes útiles de cocina, con el lujo de «cuatro posuelos de chocolate, de China» y muchas herramientas de trabajo...

El pueblecillo de Orosi tenía, «entre grandes y chicos, 580 almas» con 46 casas de teja y 40 de paja; una casa grande para fragua y cárcel; «un burro muy sobresaliente de siete años» (entre paréntesis: murió); 96 yeguas, 39 mulas, 22 caballos, 400 reses, un tejar, dos corrales, etc. ¡Qué hermosa comunidad, de trabajo y de fe, se adivina entre los *item* de este cándido inventario!

OROSI EN PLENA RESTAURACION

La estampa franciscana de San José de Orosi —que hemos visto llena de pueblo y de alegría, con la presencia del arzobispo de San José, monseñor Carlos Humberto Rodríguez Quirós, el pasado día 19 de marzo—, se encuentra afortunadamente en plena restauración, sin perder su carácter ni su sabor de antaño. El Instituto Costarricense de Turismo, consciente de que los turistas «gringos» —sobre todo si son de California—, aprecian debidamente esa «Misión» tan lejana y tan parecida a las suyas, ha renovado íntegramente los tejados y las maderas de Orosi, que de esta manera ya no perecerá. El Ministerio de Cultura de Costa Rica, que también se titula de la Juventud y del Deporte, está acondicionando el museíllo del convento. La Junta Española de Restauración de monumentos históricos en América aporta la ayuda de la Madre Patria y se dispone a restaurar el interior y las obras de arte de Orosi, utilizando la perfecta técnica de Roberto Arce, un miembro del Instituto de Restauración de Madrid, que ahora está devolviendo su esplendor a las pinturas del Teatro Nacional de San José.

Dentro de pocos meses, Dios mediante, Orosi estará perfectamente restaurado y habrán comenzado también los trabajos de consolidación de las ruinas de Ujarrás —en las que tiene mucho interés la colectividad española de Costa Rica, por aquello de la Virgen Chapetona—, y el arreglo de la hermosa parroquia de Nicoya, en la región caliente del Guanacaste, que es la primera iglesia costarricense, pues se fundó en el siglo XVI. Es probable que el cuidado artístico llegue también a las piezas de arte *colonial* —o mejor dicho *virreinal*—, que guarda el Museo Nacional de San José, junto a sus bellísimas colecciones precolombinas. Es que la República hermana de Costa Rica, ejemplar en tantas cosas, quiere serlo también en la conservación de su espíritu campesino y cristiano, fuente viva de su nacionalidad. Porque los costarricenses saben que el alma de su patria está en Orosi, en ese convento minúsculo que, a la vista del volcán Irazú, repica todos los días sus campanitas franciscanas en español, en honor de Jesús, María y José.

E. L. O. M.
(Fotos del autor)